

### NO “ARCHIVADO, COMO FINALMENTE RESUELTO”.

Judith E. Vida.

Este ensayo considera algunas dimensiones históricas, clínicas, y personales de las contribuciones de Sandor Ferenczi al psicoanálisis. Utilizaré un encuadre clínico para desarrollar una nueva perspectiva de la relación Freud-Ferenczi (y de su impacto en el desarrollo del psicoanálisis), la cual y a pesar de sus aspectos conflictivos, se mantuvo durante veinticinco años, y fue la amistad más íntima y de mayor duración de todas las que Freud sostuvo. Esta situación es considerada desde la apertura, vulnerabilidad y compromiso emocional en tanto bases del trabajo de Ferenczi que confirman su continua utilidad para el psicoanalista de hoy, y que, tal como se ha demostrado, puede llevar a sorprendentes direcciones.

**PALABRAS CLAVES:** Ferenczi; relación Freud-Ferenczi; Diario Clínico.

Las posiciones previas se vuelven obsoletas. . . . No obstante esas posiciones anteriores son parte de una invención, porque para alcanzar la nueva posición el inventor debe reensamblar sus componentes en una visión intuitiva trascendiendo las posiciones anteriores en la secuencia.

. . . La nueva posición. . . demanda. . . familiaridad con las posiciones anteriores en orden [a] descubrir el rango de trabajo de la invención. La técnica de la invención por lo tanto tiene dos fases distintas: el descubrimiento de nuevas posiciones seguido de su amalgamamiento con el cuerpo de conocimiento existente. (Kubler, 1962, p. 64).

Mi interés primario como psicoanalista es clínico. Yo tenía una idea en el inicio de mi formación psicoanalítica que si una teoría iba a ser útil para mí, ella tendría que estar en resonancia con lo que yo observaba y experimentaba dentro y fuera de la sala de consulta, tanto como analista, analizando, en mi auto-análisis, como colega, amiga, esposa y pariente. Con el tiempo, esa idea se convirtió en una convicción. Sin embargo, durante mucho tiempo, no podía encontrar esa conexión en ningún cuerpo teórico por lo que no podía considerarme miembro de ninguna “escuela”, a pesar de que cada escuela me ofrecía un pedazo de algo que parecía valioso. Con el tiempo, me preguntaba incluso si era justificable que me considerase una “psicoanalista”, ya que con el paso del tiempo cada vez tenía menos y menos fe en una creencia verdadera. Cuando empecé a leer Ferenczi a finales de 1980, junto al Diario Clínico que estaba siendo publicado en inglés, lo que surgió en mí fue una fascinación sorprendente frente a su punto de vista del psicoanálisis como un encuentro de dos personas en la que ambas personas estaban presentes, responsables, involucradas y comprometidas. Esta era la “pieza faltante” que por fin hacía para mí del psicoanálisis una empresa humana legítima. Más que nada Ferenczi contribuyó a la teoría (a la que contribuyó muchísimo, aunque gran parte de ella no fue reconocida mientras estuvo vivo), y esta ha sido como una presencia viva en la que yo he encontrado a Ferenczi lo largo de más de una década de estudiar y escribir sobre él. En estas breves páginas voy a describir esa presencia viva y describir algunas de las formas en las que he hecho uso de ellas.

Sandor Ferenczi murió en 1933 a la edad de cincuenta y nueve años. Su cuerpo sucumbió a una debilitación neurológica progresiva que fue consecuencia de una anemia perniciosa resistente al tratamiento. En el momento de su muerte él estaba desanimado emocionalmente; los veinticinco años de una intensa, entreverada y ambivalente amistad con Freud, consciente apesadumbrado con la controversia, se encontraba abrumado por la decepción y la desilusión. Sin embargo, clínicamente, y en su más privado espacio intrapsíquico, él se encontraba rebosante de nuevas ideas y nuevas intelecciones sobre sus antiguas experiencias, abordadas

con nuevas comprensiones tan estimulante como mortificante y extraordinariamente dolorosas. Y él las puso por escrito mientras vivía, en trozos de papel que Michael Balint recogió después de la muerte de Ferenczi y posteriormente tradujo y publicó como *Notas y Fragmentos* (1949/1955b), y en *El Diario Clínico* (1988), que también Balint había guardado.

Esta representación de un Ferenczi escribiendo sus experiencias tal como las vivía en trozo de papel es de una particular relevancia pues ella representa notablemente la importancia de su aproximación al psicoanálisis a lo largo de toda su vida. Michael Balint, alumno de Ferenczi de larga data, analizando, colega y amigo, lo describió así:

Para Ferenczi, las palabras y los términos técnicos eran solamente, -más o menos- maneras útiles de expresar la experiencia mental; para él la experiencia era la cosa más importante y debía ser descrita tan nítidamente como fuera posible. ... Incluso lo más común, lo más cotidiano, la más rutinaria experiencia nunca se agotaba ni cerraba para él, nunca daba algo por finalmente agotado o definitivamente resuelto. (1948/1957, pp. 245–6).

Capturar la experiencia en palabras aportaba una cualidad de vitalidad inusual a todo lo que Ferenczi escribió durante toda su vida profesional, ya desde sus días pre-analíticos como neuropsiquiatra, ya durante los 25 años en que fue uno de los pioneros del psicoanálisis y el más íntimo amigo y colega de Freud. La vitalidad de la escritura, increíblemente, sobrevive incluso a la más dificultosa traducción (“Su lenguaje científico”, señaló Balint, “es de hecho, es horrible para cualquier purista o quien quiera traducirlo” (1948/1957, p. 245). Vitalidad es un bien escaso en la literatura psicoanalítica, con o sin la interposición de la traducción. Solo Winnicott se acerca a Ferenczi en la transmisión de tal presencia personal; más allá de Winnicott, quizá John Klauber, Robert Stoller, Harold Searles algunas veces se han aproximado a esta curiosa clínica poética.

Pero hay más que simple vitalidad en los escritos de Ferenczi: ahí hay compromiso. La experiencia de leer a Ferenczi puede ser comparada con una charla íntima con un colega cuyas fascinantes observaciones clínicas de pronto hacen que los propios casos clínicos aparezcan bajo una nueva y asombrosa óptica. Hay sinceridad, hay humildad, hay respeto (por el paciente, por las exigencias de las circunstancias, para lo inconsciente). Hay una intuitiva brillantez la que no menosprecia ni avergüenza al lector, sino que por el contrario, lo lleva a experimentar una invitación a explorar y hacer consciente sus pensamientos más profundos. Ferenczi, aun ya muerto en 1933, reaparece a través de sus escritos como un compañero. La exposición continuada a su trabajo tiene el extraordinario efecto de vivenciarlo como a un amigo en un espacio intrapsíquico. No es de extrañar que Freud le amase y que le hubiese resultado difícil de soportar cuando Ferenczi orientó sus intereses a otros distintos a los del propio Freud.

Ya he escrito previamente sobre el impacto de la lectura del *Diario Clínico* mientras que paralelamente lidiaba con su difícil situación clínica (Vida, 1993), y quisiera volver a ello nuevamente. “Abierto y expuesto” es como yo describiría mi estado interno, y como yo elaboraba la resonancia que pude sentir entre el marco psíquico de Ferenczi y el mío propio a través de su *Diario*. A través de esta resonancia yo experimentaba un “mensaje implícito... que interpelaba a un trabajo duro en el terreno intrapsíquico e interpersonal aterrador e impredecible, en el cual las cosas terribles ya habían sucedido” (p. 628). Muy pronto, fueron apareciendo algunas inhibiciones relacionadas con mis antiguas contratransferencias inconscientes. Esta nueva conciencia, la cual no fue revelada directamente al paciente, permitió que la situación clínica fuese trabajable por unos cuantos meses más. Eventualmente la necesidad de explorar reacciones contratransferenciales cada vez más profundas y una creciente tolerancia hacia las interrupciones superó tanto la capacidad de abstinencia del paciente como la mía, y el paciente interrumpió el tratamiento.

Tuve que aceptar mis limitaciones en este evento extremadamente doloroso, el cual hizo más destacable aun cuando meritorio habían sido los logros de Ferenczi para mantenerse bregando con sus difíciles casos clínicos.

Dos aspectos de esta situación clínica merecen ser destacada en el presente contexto de este renacimiento

de Ferenczi. Lo primero, es que al leer el Diario Clínico desde un estado de cuestionamiento del quehacer clínico uno entra en contacto inmediato con un colega que sufre lo mismo. Como Balint comentaba, el lenguaje de Ferenczi es vital, incluso más vital aquí que en sus artículos preparados para su publicación. (Si Ferenczi hubiese intentado publicar el Diario, algo que habría ocurrido posteriormente seguramente habría hecho algo para hacerlo editable; sin embargo su más urgente necesidad en el Diario era representar su experiencia clínica en los aspectos más medulares posibles para alcanzar aquello que era lo más incontrovertiblemente real.) En este contacto, uno siente inmediatamente primero la ansiedad de Ferenczi frente a su exposición, tanto internamente como frente al analizando, seguida de la disolución del pudor como de los contenidos que le dan forma. Con la desaparición del pudor aparece una notable relajación, esto es el alivio de encontrar un lugar desde el cual explorar que es lo que sucede a ambos lados de la situación. Surge entonces un lugar para la curiosidad, para la auto reflexión, para que el analista sea humanamente neutral hacia él/ella, sin la necesidad de censurar o rescatar la autoestima. Esto es, algo que cambia el clima emocional del encuadre terapéutico.

El segundo aspecto es la observación de que un pensamiento nuevo sorprendentemente creativo está disponible cuando uno está “extremadamente vulnerable” pero ya sin la interferencia de una presencia autoritaria devaluante. El Diario Clínico es ampliamente considerado como una carta a Freud, pero yo creo igualmente podría ser considerado como una carta a uno mismo. En El Diario, Ferenczi se encuentra por un lado con una parte autoritaria de sí mismo con la cual la persona de Freud se había fusionado (incluso desde antes de los tres breves episodios de análisis formal). Él identifica las características de la personalidad y pensamiento de Freud que por décadas había apoyado a expensas de desarrollar abiertamente sus propias aunque diferentes posiciones. El impacto acumulativo de la experiencia clínica de Ferenczi, dedicado como el estaba al tratamiento mas que a la teoría por la teoría en si misma, ya no podía ser siendo ignorado. Lo que Ferenczi tenía que hacer era renunciar a la esperanza de que Freud pudiera reconocer sus propias limitaciones y reconociera la experiencia de Ferenczi como digna y válida. Cuando pierde la esperanza, la imagen interiorizada de un Freud autoritario perdió su poder de aterrorizarlo; la competencia clínica de Ferenczi, las ganas de vivir, y su profunda habilidad intuitiva aumentaron integrándose sin interferencia. Su apego a Freud se mantenía, pero despojado de su poder, El punto de vista de Freud no tendría mayor relevancia en los subsiguientes estados de sus futuras elaboraciones personales.

El resultado fue El Diario Clínico, una obra maestra de exposición creativa que emerge de la combinación de experiencias (clínica y de otros tipos), historias y emociones, ninguna de las cuales podrían ser consideradas “archivadas por estar resueltas”. Esta fue una manifestación de una posición “política” antiautoritaria de Ferenczi, de su visión utópica de una sociedad en la cual uno podría ser libre de decir la verdad “incluso [al] mismo rey” (Brabant, Falzeder, and Giampieri-Deutsch, 1993, p. 130). A pesar de no haberlo logrado en la vida real, Ferenczi lo había logrado en lo intrapsíquico; Freud no. En una carta a Hollos (Sabourin, 1985; traducida y citada por Haynal, 1988), Freud reconocía su aversión por los pacientes psicóticos: “¿[P]odría mi actitud ser una consecuencia de una posición cada vez más intensa a favor de la inteligencia, la que fuese la expresión de mi hostilidad hacia el ‘Ello’?” Pero Freud consideraba esto solo como un límite de su capacidad como médico, no como persona.

Pero ¿tiene sentido leer los trabajos clínicos de un psicoanalista muerto en 1933? Existen numerosos analistas que creen que Ferenczi y las pioneras generaciones de analistas se debería dejar a los historiadores y todo eso, pero que en el trabajo psicoanalítico contemporáneo deberían ser ignorados. Aquellos que sostienen tal punto de vista quisieran ver al psicoanálisis como una ciencia natural, en donde la historia debiera ser asimilada y supeditada a los resultados de las nuevas investigaciones. André Haynal (1993) reconoce la imposibilidad de que el psicoanálisis desarrolle una teoría y técnica unitaria que pudiese operar independientemente de las personalidad infinitamente variable de los analistas. Él argumenta persuasivamente que el psicoanálisis llega a ser más útil si se lo considera como una ciencia social híbrida, similar a la economía o la antropología las cuales operan desde premisas epistemológicas diferentes a la de las ciencias de la naturaleza y que sin embargo siguen siendo intelectualmente creíbles.

Pensando el psicoanálisis como una ciencia social se hace menos disonante reconocer que en el psicoanálisis, en realidad, la historia lo es todo. Nuestros pacientes entran en nuestros consultorios buscando

ayuda para sus historias, con la esperanza de recuperarlas, de vencerlas, o de llegar a un acuerdo con ellas. Nosotros, los analistas, también acarreamos nuestras historias, de la cual nuestros análisis didácticos nos han hecho más o menos conscientes. Y, por supuesto, la teoría psicoanalítica también está entrelazada con la historia, la historia de sus desarrollos reactivos a partir de aquello que es experimentado como incorrecto o ausente en las formulaciones preexistentes y en las relaciones.

Para decir algo más acerca de la relevancia de la historia, voy a considerar el epígrafe que abre esta comunicación. El historiador de arte George Kubler (1912-1996), en *La Forma del Tiempo: Observaciones sobre la Historia de las Cosas* (1962), propone que la categoría de arte debe ser ampliada para incluir “toda la gama de cosas hechas por el hombre”. Esto significa incluir tanto las ideas como los objetos, de modo tal que incluso el psicoanálisis podría pertenecer a esa categoría (Vida, 1994). A partir de sus estudios sobre el arte desde la prehistoria hasta la modernidad, Kubler encuentra que cada acontecimiento importante fue a la vez un hecho histórico y una solución a un problema (p. 36). Esta es una perspectiva bien diferente de la de “narración biográfica... [la cual] tiende a mostrar toda la situación histórica en términos de un desarrollo individual”, lo que es, por supuesto, el método habitual del psicoanálisis. La profunda comprensión de Kubler desafió al “mito del genio solitario” en la medida que ella hace evidente que para él la invención era una actividad fundamentalmente colaborativa: “A pesar de la apariencia solitaria del inventor él necesita compañía, él requiere el estímulo de otras mentes dedicadas a las mismas cuestiones”(p. 115).

Por lo tanto podemos decir que el psicoanálisis fue inventado como una solución a un problema. El descubrimiento de Freud de su renuencia a ser un terapeuta condujo finalmente a una bifurcación del psicoanálisis en dos versiones diferentes. Una de ellas fue ser una herramienta de investigación para el desarrollo de la teoría, lo que era el interés de Freud, y la otra ser una terapéutica, la que Freud consignó a Ferenczi en el Congreso de Budapest en 1918. Con esta bifurcación se produjo un cambio dramático en el “problema” del cual la primera versión del psicoanálisis era una “solución”. En los inicios las ideas psicoanalíticas y una rudimentaria técnica eran aplicadas por igual y de una manera informal a aquellos que se identificaban como “pacientes” o como “analistas”. Gedo (1976) ha atribuido la gran creatividad de sus pioneros a la necesidad de hacer nuevos descubrimientos sobre la psicología individual con el fin de hacer frente a sus problemas personales. En este sentido, el analista se iba descubriendo a sí mismo paso a paso a medida que ayudaba al paciente a descubrirse a sí mismo. Después de la bifurcación del psicoanálisis, la institucionalización de la formación psicoanalítica compartimentalizó el descubrimiento de sí mismo del analista en el “análisis didáctico”.

Esto tuvo el desafortunado efecto de rechazar la involucración intrapsíquica del analista y este hecho aumentó la patologización del paciente. La consiguiente codificación de la asimetría en la relación analítica hizo a la presencia autoritaria del analista mucho más poderosa. La asimetría desempeñó la función adicional no sólo de proteger las vulnerabilidades narcisistas de Freud, sino de instalarlas a ellas en el centro en torno al cual la técnica “clásica” sería construida. Ferenczi tuvo que ser repudiado para permitir que esta escindida solución ocurriese. Una perspectiva derivada de las ideas de Kubler sugiere que el psicoanálisis se hizo confuso y limitado por aferrarse a “la narración biográfica” de Freud como la única base para su historia y desarrollo. En otras palabras, el psicoanálisis se convirtió en una solución a un problema de Freud en lugar de realzar su prematuro potencial para ser una solución a un problema cultural. Como el psicoanálisis retorna a los puntos nodales de desacuerdos para reanudar el desarrollo de una teoría y práctica integrada, requiere de que mucha experiencia valiosa pueda aportarse a ello. Rudnytsky (1991) comenta que “Freud es a la vez insuperable y pasado de moda” (p. 14) definiendo el estancamiento del desarrollo que se produce cuando la experiencia no es permitida para ampliar la definición del psicoanálisis.

El papel perdurable de Ferenczi no es el de una autoridad, sino el de un modelo de como trabajar con la experiencia. En 1929 Ferenczi escribió: “Realmente no sé si yo envidio a nuestros colegas más jóvenes la facilidad con la que entran en posesión de lo que las generaciones anteriores hemos ganado con amargas luchas. A veces siento que recibir una tradición ya totalmente hecha, por muy valiosa que ella sea, no es un logro tan deseable para uno mismo “(1929/1955a, p. 111). De hecho, una identidad psicoanalítica auténtica, resiliente, sólo puede desarrollarse a menudo a través de experiencias dolorosas y eso es algo muy distinto de cuando se recibe algo “totalmente hecho” a través de las identificaciones de la formación psicoanalítica tradicional.

Concluiré ilustrando todo esto con un ejemplo personal hasta el punto donde la historia pueda ser conocida (es decir, consciente) para alcanzar una experiencia de integridad. A medida que mi pasión por la historia del psicoanálisis se hacía manifiesta, a menudo me he preguntado “¿por Ferenczi?”. Durante años la única respuesta posible radicaba en mi admiración por Ferenczi en tanto un ser original que había luchado para desarrollar su propio punto de vista en contra de la conformidad de un sistema establecido. El hecho de que Ferenczi fuera húngaro, la misma identificación étnica de mis dos pares de abuelos inmigrantes, simplemente me parecía graciosa. Después de todo, yo era húngara sólo de nombre. Yo no hablaba húngaro. Había tenido un sentido de estar frente a una cultura extraña incluso cuando yo misma me había propuesto aprender algunas recetas húngaras de mi abuela paterna durante una visita que ella nos hizo en California. La muy exótica cocina de mi abuela materna había sido demasiado para mis asimiladas papilas gustativas; todo lo cual me dejó algunas memorias, pero no recetas. Aunque ya adulta, alguna vez preparé algunos platos húngaros, siempre me sentí un poco fraudulenta, como si estuviera tratando de construir una conexión étnica que era más fácil de hacerme creer que de algo real.

Una vez que empecé a escribir y presentar artículos sobre Ferenczi, empecé a darme cuenta de una sutil reacción fisiológica, una especie de tenue agradable sensación visceral escalonada hacia abajo, cada vez que escuchaba a alguien hablando en un evidente acento húngaro. Fue especialmente en las reuniones psicoanalíticas donde empecé a observar esto, probablemente porque ellas eran generalmente tranquilas y con pocas distracciones externas. Me percaté de ello con cierta curiosidad y me pregunte con cierto asombro lúdico si tenía algo que ver con Ferenczi. Cuando recibí la confirmación de que iba a hablar en la cuarta Conferencia Internacional Sandor Ferenczi en conmemoración del 120 cumpleaños de Ferenczi, que se celebraría en Budapest en el verano de 1993, yo ya sabía que esto iba a ser algo sin igual. Mis padres siempre habían hablado de querer visitar Hungría, pero nunca lo habían hecho; ahora mi padre ya había fallecido, y mi madre era demasiado débil incluso para pensar en intentarlo. Yo asistiría como el resultado de alguien asimilada por dos generaciones al crisol americano, diferenciada por mi nombre, el cual ya había descubierto que era fácilmente reconocible para los húngaros.

El Ferihegy International Airport está a unos 45 minutos a las afueras del centro de Budapest. Cuando el avión aterrizó en el más pequeño y más antiguo de los dos terminales, y nosotros, los pasajeros utilizamos escaleras de salida portátiles, me acordé del viejo aeropuerto de Burbank en la década de 1960. Pero una vez dentro de él algo me era familiar de muchas diferentes maneras. Se veía tranquilo, no un montón de gente hablando, no grandes avisos públicos anunciando cosas que yo recuerde, aunque tal vez yo ya me había comenzado a sentir como en un sueño. Durante el viaje a la ciudad, miraba hacia afuera el paisaje campestre, viendo las señaléticas y letreros en húngaro, pequeñas casas cuadradas de piedra con tejados puntiagudos, baldosas y jardines pequeños, cada una con árboles frutales, un huerto espectacular y una parra. En poco tiempo, me di cuenta de que ese sentimiento familiar sentido en el aeropuerto se había convertido en una sensación de que todo me resultaba familiar. Mientras miraba los carteles y trataba de pronunciar las palabras húngaras (que yo no podía entender, aunque ellas también me parecían familiares) noté un zumbido en mi mente: estaba escuchando húngaro siendo hablado. Estaba escuchando voces tenues que sonaban como mis abuelos, mis abuelos maternos, que habían llegado a hablar inglés, pero que entre ellos se habían mantenido hablando principalmente húngaro, sobre todo a medida que envejecían. Podía oír otras voces también pero que no podía identificar; podía oír este lenguaje siendo hablado y que yo sabía que era húngaro y que aunque yo no podía entender este estaba ahí.

Estos dos fenómenos: el de oír húngaro siendo hablado en mi mente, y el de las visualizaciones familiares persistieron en mí durante toda mi estancia. Mi recuerdo de Budapest fue una nueva experiencia de profunda calma interior surgida de la restauración de una pieza que falta en mí misma y que yo había sido incapaz de identificar hasta ese momento e incluso que creía desaparecida. En los años posteriores, esta pieza recuperada se ha seguido expandiendo gracias a ciertas “traducciones” de colegas psicoanalíticos de origen húngaro, tales como Giselle Galdi, Ph.D., e Ildiko Mohacsy, Ph.D. Lo que posteriormente he reconstruido fue que, a pesar de la insistencia de mi madre en el sentido contrario, yo había tenido que haber utilizado la lengua húngara durante mi primera infancia. Yo nací durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que mi padre estaba en el Pacífico Sur, y mi madre había regresado a vivir con sus padres en Detroit hasta mis dos años

y medio de edad. Cuando la guerra terminó, mis padres se trasladaron a California. A excepción de un período de seis meses, un año después, nunca más viví en un ambiente de habla húngara. Mi “visceral desmultiplicación” al oír húngaro hablado en realidad era una regresión a mis primeros años, el húngaro que había comenzado a recuperar era el húngaro de un bebé.

Ahora sé que mis abuelos habían recreado meticulosamente un ambiente húngaro; había reconocido esos jardines de cabañas campestres, porque habían sido idéntico al jardín de mis abuelos. Ahora sé por qué, tal como un niño de primer grado aprende sobre la mitología de la historia americana temprana, yo sentía que esa historia no se aplicaba a mí; desde entonces, ya siendo adulta, entendí que mi arraigado sentimiento de no encajar tenía sólo una apariencia de algo neurótico. Mi madre sigue insistiendo en que sus padres vivieron sus vidas “100% americana” y no podrían haber sido tan húngaros como mi experiencia sugiere, ella no comprende que mis abuelos pueden haber sido “100% americanos” y “100% húngaros” en el mismo tiempo. Sin embargo, ahora veo la sutileza con la que el estilo húngaro encontró su camino de todas formas en la cocina de mi madre y de allí a la mía. Es fácilmente reconocible, pero sólo cuando uno sabe cómo mirar y qué buscar.

Ferenczi entendió en sus huesos que múltiples realidades podrían existir simultáneamente. También entendió implícitamente que no es dejar la historia atrás lo que permite la inventiva, la creación de nuevas soluciones a los problemas clínicos que resultan como consecuencia de poder fusionarlas con el cuerpo de conocimiento existente. Cuando todo ha sido dicho, es el propio Ferenczi quien necesita que todo no sea ni “redondeado” ni “terminado”, ni menos “archivado como finalmente resuelto” ni “definitivamente resuelto.” Así, nosotros, y el psicoanálisis, podremos ser más totales.

## **AGRADECIMIENTOS.**

Los comentarios de GW Pigman III, Ph.D., fueron vitales para la forma final de este artículo. Una parte de este material fue presentado The Center For The Study Of Women’s Psychology, Los Angeles, California, February 11, 1995.

## **NOTAS**

1. Este artículo fue originalmente escrito en inglés. Inicialmente publicado como *Soha sincs befejezve*. In Judit Meszaros (Ed.), *In Memoriam Ferenczi Sandor*. Hungarian Trans. Tomcsanyi Zsuzsa. Budapest: Joszo veg Publishing House, 2000. (In Hungarian) Con permiso de sus editores.

## **REFERENCIAS**

- Balint, M. (1957). Sandor Ferenczi, Obiit1933. In *Problems of human pleasure and behavior* (pp. 243–250). New York: Liveright. (Original work published 1948)
- Brabant, E., Falzeder, E., & Giampieri-Deutsch, P., eds. (1993). *The correspondence of Sigmund Freud and Sandor Ferenczi: Vol. I, 1908–1914*. P. T. Hoffer, trans. Cambridge MA: Belknap Press/Harvard University Press
- Ferenczi, S. (1955a). *The principle of relaxation and neocatharsis*. In *Final contributions to the problems and methods of psychoanalysis* (pp. 108–125). London: Maresfield. (Original work published 1929)
- Ferenczi, S. (1955b). *Notes and fragments*. In *Final contributions to the problems and methods of psychoanalysis* (pp. 216–279). London: Maresfield. (Original work published 1949)
- Ferenczi, S. (1988). *The clinical diary of Sandor Ferenczi*. J. Dupont, ed. M. Balint & N. Z. Jackson, trans. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Gedo, J. (1976). *The wise baby “reconsidered.”* In J. E. Gedo & G. Pollock (Eds.), *Freud: The fusion of science and humanism* (pp. 357–378). New York: International Universities Press.
- Haynal, A. (1988). *The technique at issue: Controversies in psychoanalysis from Freud and Ferenczi to Michael Balint*. E. Holder, trans. London: Karnac Books.
- Haynal, A. (1993). *Psychoanalysis and the sciences: Epistemology-history*. E. Holder, trans. Berkeley: University of California Press.

- Kubler, G. (1962). *The shape of time: Remarks on the history of things*. New Haven: Yale University Press.
- Rudnytsky, P. L. (1991). *The psychoanalytic vocation: Rank, Winnicott, and the legacy of Freud*. New Haven: Yale University Press.
- Sabourin, P. (1985). *Ferenczi, Paladin et Grand Vizir Secret*. Paris: Editions Universitaires.
- Vida, J. (1993). *Ferenczi's Clinical diary: Roadmap to the realm of primary relatedness*. *Jour. Amer. Acad. Psychoanal.*, 21, 623–635.
- Vida, J. (1994). *Sandor Ferenczi: Amalgamating with the existing body of knowledge*. In A. Haynal and E. Falzeder (Eds.), *100 Years of Psychoanalysis* (pp. 257–263). London: Karnac.
- The American Journal of Psychoanalysis*, Vol. 63, No. 1, March 2003 (ÆÉ 2003)

Judith Vida es Profesora Clínica Asociada en el Departamento de Psiquiatría de la University of Southern California; Formadora y Supervisora de analistas y Facultativa del Institute of Contemporary Psychoanalysis en Los Angeles. Su práctica privada la realiza en Pasadena, California.

Dirección de correspondencia a Judith E. Vida, M.D., 301 S. Fair Oaks Avenue, Suite 406A, Pasadena, CA 91105; e-mail: [jvida@spence.net](mailto:jvida@spence.net).  
2003 Association for the Advancement of Psychoanalysis.

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE